

Callejón del Gato

Stalin no ha muerto

José Ramón Enríquez

Me recuerdo al preguntar a mi reflejo cómo había llegado hasta los espejos deformantes del Callejón del Gato y por qué me iba. “Porque el deber de todo revolucionario es hacer la Revolución”, resonaba una voz, “y para transformar la historia se debe estar en casa y no tan lejos”. Fue hace casi 40 años. Renuncié a perderme en la curvatura de los espejos y decidí el retorno físico a mi Ciudad de México (mi reflejo sigue en el territorio de una bohemia valleinclanesca más allá del tiempo) para hacer política concreta, como militante del partido comunista. Esa pregunta, “¿cómo llegué yo aquí?”, se repite cotidianamente cuando llega la hora de abandonar el sueño.

Para alejarme del quietismo molinista de *La lámpara maravillosa* de Valle y ponerme orteguiano, debo decir que me ha sido más fácil entender mi circunstancia que aclarar mi yo. Por eso me es útil que alguien me ayude en esa empresa. Christopher Domínguez Michael, en su “Relectura de *El Machete*”, dice de mí: “...un poeta y dramaturgo católico además de comunista, y uno de los primeros homosexuales mexicanos en reconocerse como tal. Contaban con el apoyo de Martínez Verdugo (1926-2013), un estudiante de pintura que dirigía el partido desde 1963, a quien su aspecto de gris *apparatchik* le servía para operar en la sombra a favor del *aggiornamento*”.

Ese texto forma parte de las páginas preliminares de la edición facsimilar de *El Machete (1980-81)*, coordinada por Luciano Concheiro y coeditada por el FCE, La Jaula Abierta y la Secretaría de Cultura de la Ciudad de México. Los otros textos preliminares son de Luciano Concheiro, Carlos Illades y el propio Roger Bartra.

¿Qué fue *El Machete*? Illades lo sitúa puntualmente entre los productos de un



debate cancelado. Luciano Concheiro va más allá: “Los años previos a su desaparición [del Partido Comunista Mexicano] son los más interesantes y audaces de su historia. Durante ellos, se desarrollaron ideas novedosas y se efectuó un genuino proceso de introspección y autocrítica. La revista *El Machete*, aparecida entre mayo de 1980 y julio de 1981 y dirigida por Roger Bartra, cristaliza este agónico florecimiento mejor que ningún otro producto”. Y Bartra concluye así su ascético texto: “me gusta comprobar con asombro y después de mucho tiempo que ciertamente curiosas paradojas dieron vida a un experimento que duró poco pero que sin embargo fue significativo para muchos”.

Como soy uno de entre esos muchos, hoy me sitúo frente al collage de Rauschenberg que reprodujo la contraportada en un par de últimos números. Anunciaba solamente, bajo el rostro del tirano que fue dios: “Stalin è morto”.

Llegué a México con un libro compilado, *El homosexual ante la sociedad enferma*, y otro por hacer con Jorge Íñiguez, *Cristianismo y marxismo*. Dos de mis temas vitales. Trabajé en el FCE con Alba Cama de Rojo, entrañable, con la cual ha-

blé mucho del exilio republicano, otro de mis temas.

Abrir el PCM a los cristianos fue pecar contra el marxismo leninismo. Conocí entonces a Roger Bartra, quien presentó *Cristianismo y marxismo*, junto a Mario Zapata, comunista que vivió la cárcel franquista, la clandestinidad y la expulsión del PCE con Claudín y Semprún. De ahí me involucré en *El Machete*. Gracias a mi antigua cercanía con Monsiváis, dimos un golpe: el primer número abrió con “Feminismo y homosexualidad”, que hizo retemblar en sus centros el machismo de los viejos camaradas. Después, González de Alba y Xabier Lizarraga debatirían sobre la identidad homosexual. Y Hugo Vargas nos lanzó a pedir la legalización de la marihuana. Sí, hace casi cuatro décadas.

En el XIX Congreso renunciamos al dogma de la dictadura del proletariado y se adoptó la Tesis 34 que me tocó defender: “El PCM se solidariza con las luchas y movimientos dirigidos contra cualquier forma de discriminación, represión u opresión [...] basada en algún comportamiento o norma sexual”.

Pero Stalin no había muerto. Murió *El Machete*. En aras de la unidad de la izquierda, se enterró el debate del que *El Machete* era símbolo. Stalin seguía vivo. Lo estaba en mí cuando, en el último número, escribí un lamentable texto para afirmar que “Fidel no es Stalin” y culpar al bloqueo de lo que yo conocía de viva voz: la homofobia castrista que abrió campos de reeducación y llamó escoria a Reinaldo Arenas con otros marielitos. Por no dar armas al imperialismo, trivialicé a los míos. Christopher Domínguez, al criticarme, resulta suave.

Como a Stalin le queda mucha vida, es importante revisar la historia de *El Machete*. **U**